

ESPLENDOR Y FRAGILIDAD
DE AL-ANDALUS

Pierre Guichard

GRANADA
2015

COLECCIÓN HISTORIA
(SEGUNDA ETAPA DE CHRONICA NOVA)

Director: Rafael G. Peinado Santaella (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada).

Consejo Asesor: Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufi no (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); James Casey (profesor emérito de la Universidad de East Anglia); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Joseph Pérez (profesor emérito de la Universidad de Burdeos y director honorario de la Casa de Velázquez); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).

Este libro es una nueva edición revisada de la obra *De la Expansión Árabe a la Reconquista: Esplendor y fragilidad al-Andalus, 711-1492* (traducida del francés, ilustrada y ampliada), editada por la Fundación Pública Andaluza El legado andalusí, 2002.

- © PIERRE GUICHARD.
- © DE LA TRADUCCIÓN: PURIFICACIÓN DE LA TORRE.
- © UNIVERSIDAD DE GRANADA.
- © FUNDACIÓN PÚBLICA ANDALUZA EL LEGADO ANDALUSÍ.
ESPLENDOR Y FRAGILIDAD DE AL-ANDALUS.
ISBN: 978-84-338-5745-3 (Editorial Universidad de Granada).
ISBN: 978-84-96395-77-0 (Fundación El legado andalusí).
Depósito legal: GR/131-2015.
Edita: Editorial Universidad de Granada y
Fundación Pública Andaluza El legado andalusí.
Maquetación: CMD. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

PREFACIO

LA editorial Hachette me pidió a finales de los años noventa del último siglo que redactara, para una colección titulada «Los siglos de oro», un «beau livre» abundantemente ilustrado y que ofreciera una visión de conjunto de la historia y civilización de al-Andalus. La maqueta de esto último, texto e imágenes, se concluyó prácticamente en el plazo convenido, pero las condiciones económicas no permitieron finalmente su publicación. Y acepté con poco entusiasmo la edición de una obra sin ilustraciones, mi *Al-Andalus 711-1492*, que Hachette publicó en 2000; pero esta editorial me permitió la posibilidad de proponer a otro editor un texto prácticamente idéntico para la aparición del «hermoso libro» contemplado en un primer momento. Al aceptar esta propuesta, El legado andalusí editó en 2002 en francés y español *De la expansión árabe a la Reconquista: Esplendor y fragilidad de al-Andalus*, algo aumentado en cuanto al texto, y dotado de abundantes ilustraciones acompañadas de leyendas muy amplias, que en mi opinión lo convirtieron casi en otro libro. Aunque esta obra tuvo ediciones en alemán, inglés y árabe (las dos últimas enriquecidas con un cuaderno final de ilustraciones complementarias seleccionadas por temas), de lo que no puedo sino felicitar me, no ha sido reeditada, a pesar de que se agotó rápidamente en ambas lenguas, ni en español ni en francés, lo que evidentemente lamenté.

Agradezco por tanto de todo corazón a Rafael G. Peinado y a la Editorial Universidad de Granada que hayan tomado la iniciativa de reeditar, en colaboración con El legado andalusí, el texto español de esta obra, con la bibliografía que lo acompañaba. Podríamos preguntarnos evidentemente si convenía reeditarlos tal cual o contemplar una actualización. He optado por esta última solución, pero de manera mínima para no complicar demasiado las cosas. He tratado, pues, de añadir a la bibliografía las obras esenciales que han aparecido desde principios de los años 2000, así como completar el texto con algunas referencias o indicaciones (forzosamente demasiado rápidas) que remiten a las aportaciones bibliográficas y a las novedades historiográficas que podemos considerar como las más importantes que han aparecido desde hace diez o quince años. Algo «desconectado» de la historia de al-Andalus en los últimos años, me han sido de gran utilidad en este sentido las indicaciones que me han proporcionado algunos amigos (Bruna Soravia, Rafael G. Peinado, Yassir Benhima en particular). Pero, como es natural, yo soy el único responsable de las selecciones que he hecho.

Es evidente, sin embargo, que, si queremos tener una visión de conjunto de las apariciones notables relativas a la historia de al-Andalus, tal decisión debe de limitarse a los libros, lo cual se justifica si no queremos vernos desbordados por la multiplicación casi al infinito de las publicaciones de toda naturaleza sobre cinco siglos de historia, aunque como es natural ello no es totalmente satisfactorio. No hace justicia a todas las aportaciones importantes que pueden haber aparecido en forma de artículos, ni a sus autores. Sería fácil encontrar un ejemplo de ello en la actualidad bibliográfica reciente, donde se encuentra, a propósito del problema recurrente de la «historicidad» de la conquista árabe del siglo VIII, múltiples referencias obligadas a un artículo de Tawfiq Ibrahim aparecido en la revista *Al-Qantara* en 1999 sobre el descubrimiento de un sello de plomo con el nombre del gobernador Anbasa b. Suhaym al-Kalbī (721-726). Con todo, a pesar de su importancia capital para apoyar esa historicidad de los hechos de los primeros tiempos de al-Andalus, no se encontrará esta

referencia de artículo en la bibliografía. Autores que ciertamente habrían merecido figurar en la misma no aparecerán por tanto. Un solo ejemplo, que conozco bien, entre otras mil posibles: Émile Fricaud, autor de notables artículos sobre los Almohades, uno de los cuales resulta particularmente luminoso sobre la desgracia de Averroes (publicado en A. Bazzana, N. Bériou, P. Guichard), no se encuentra tampoco en ella. De modo menos puntual, algunas tesis importantes no han podido ser editadas por desgracia. De todos modos, por lo que respecta a la época de los taifas, he citado, por ejemplo, en diferentes ámbitos de estudio, la de María Soler i Balaguero sobre las emisiones monetarias de la Marca Superior, y la de Bruna Soravia sobre los secretarios o *kuttāb* de dicha época. No me ha parecido ilegítimo de hacerlo, pues la primera aporta un inventario numismático completo (en el momento de su aparición, por supuesto) de un tipo de documento particularmente importante para comprender el sistema político fragmentado y complejo de la época, y la segunda un estudio profundo y muy innovador de un género literario estrechamente vinculado a las mismas realidades políticas, tema que Bruna Soravia ha abordado en varios artículos cuyas referencias tampoco aparecerán en la bibliografía. Pero es bastante evidente que, por lo que respecta a estas dos tesis y para algunas otras, solo puedo hacerlo porque participé en el tribunal que las juzgó, siendo así que desconozco a la fuerza otro gran número de ellas.

Más allá incluso de esta limitación, actualizar una bibliografía plantea algunos problemas, que no pretendo haber resuelto siempre de modo riguroso. En algunos casos me pareció útil añadir una obra que no había indicado en 2002. Ese es el caso, por ejemplo, de la edición española del libro de Ignacio Olagüe, *La revolución islámica en Occidente*, de 1974. No había considerado oportuno citar esta obra, cuyo interés solo me parecía entonces historiográfico, y que en lo esencial se limitó a repetir las ideas del estrepitoso *Les Arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*, publicado en Francia por dicho autor en 1969. No creí necesario «incluirlo» en las referencias a las tesis que, en gran parte, considero dependientes de la «historia-ficción». Al leer ahora el libro muy reciente de Alejandro

García Sanjuán (*La conquista islámica de la península ibérica*) que vuelve —con razón o sin ella, este no es aquí el problema— sobre esta misma cuestión del «negacionismo» de la conquista, me resultó oportuno incluirlo esta vez, aunque solo sea por el hecho de que ha sido sobre todo a través del libro de 1974 como dichas tesis se han presentado al público español. Sobre esta cuestión un poco «envenenada» de la conquista, sobre la cual el aniversario de 2011 ha suscitado un cierto número de publicaciones, no estoy seguro de haber mencionado todas las obras que habría sido oportuno citar. Contribuciones al debate que merecerían mencionarse por diversos motivos (por ejemplo, *Acerca del conquista árabe de Hispania* de Maíllo Salgado) están recogidas en la bibliografía de Alejandro García Sanjuán, y no las he incluido forzosamente en la que figura al final de este libro, dado que podría resultar demasiado extensa sobre este tema; en cambio, sí consideré conveniente mencionar el libro de García Moreno sobre la misma conquista que, aparecido en 2013, no figura todavía en la obra de García Sanjuán.

Ninguna bibliografía es perfecta. Me di cuenta de que, ni en 2000 ni en 2002, había incluido algunas obras importantes ya aparecidas en aquella época, debido a una información insuficiente o a una falta de atención por mi parte. Ese era, por ejemplo, el caso del libro de José Miguel Puerta Vilchez sobre la estética del arte andalusí, aparecido en 1997, a pesar del hecho de que esta obra no tiene hasta ahora equivalente en la bibliografía «andalusí». Me he esforzado por corregir algunas de estas carencias, que espero no sean demasiado numerosas. Para los trabajos aparecidos desde hace una docena de años, no debo de haberlos tenido en cuenta todos. Creo que he indicado un gran número de ellos, los esenciales espero, sin pretender de ningún modo una exhaustividad que, por otra parte, no siempre sería necesaria. Algunos temas han movilizad más que otros a los autores, e incluso a autores buenos, inflación relativa que corresponde a las épocas «faros» de la historia andalusí, y supongo que a una cierta demanda del público y de los editores. Han aparecido así desde la bibliografía que recogí en mi libro de 2002 cinco obras sobre Almanzor y tres sobre ‘Abd al-Rahmān III. Sería menester un conocimiento más profundo que el mío de la

época califal, y haber hecho algo más que hojearlos, para jerarquizar sus aportaciones y ver en qué y sobre cuáles puntos presentan una visión lo bastante innovadora como para dar cuenta de ella en una obra de síntesis que solo pretende presentar las líneas maestras de la historia de al-Andalus, y en la que, en todo caso, al haberse excluido los artículos, no figura una excelente contribución de Cristina de la Puente sobre Almanzor aparecida en 1997 en el volumen VIII de «Estudios onomástico-biográficos de al-Andalus».

He creído más útil, en el marco limitado de esta obra, señalar a lo largo del texto, siquiera sea con la brevedad a la que me veo obligado, y siempre sin pretensión de citarlos todos, un cierto número de trabajos cuyo alcance me parece importante. Determinados momentos de esta historia han sido objeto de una gran renovación historiográfica; ese es, en particular, el caso de la época almohade, con los trabajos que desde hace años ha emprendido Maribel Fierro, y la importante serie de coloquios de Madrid que publicó en 2005 con Patrice Cressier y Luis Molina. A ello habría que añadir diversos trabajos sobre la moneda, el libro que Pascal Burési ha publicado con Hicham el-Aallaoui sobre el «gobierno del imperio», y últimamente el ensayo de lectura antropológica de Mehdi Ghouirgate sobre *L'Ordre almohade*. Entre las obras que pretenden aportar una visión renovada de otro período, los tres primeros siglos de la historia de al-Andalus, figura ciertamente *Conquistadores, emires y califas* de Eduardo Manzano. No quisiera dejar de dedicarle algunas líneas a este libro, cuya importancia e interés no discuto en modo alguno, pero que se alza en falso contra una corriente historiográfica que hace remontar a la publicación en 1976 de mi *Al-Andalus: estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*. En algo más de quince páginas (129-146), bajo el título interrogativo «¿Una sociedad tribal?», cuestiona una visión «tribalista» de la sociedad andalusí. Esta hunde sus raíces, al menos parcialmente, en este libro, pero yo no creo haber defendido jamás la idea de que la sociedad andalusí, en su globalidad ni a lo largo de toda su historia, fuera en algún momento «una sociedad tribal», en el sentido en que podría emplearse este término para las sociedades del Magreb vecino, sino solamente que

estuvo marcada inicialmente por el factor «orientalizante» de la tribalidad de los elementos árabo-bereberes que constituyeron su elemento dominante tras la conquista. Sobre este punto no puedo sino remitir a uno de los capítulos de este libro, que figuraba ya en su versión francesa de 2000, y que trata de hacer un balance de la evolución social entre el califato y la llegada de los Almorávides, y lleva el título de «Una sociedad “destribalizada” pero cada vez más arabizada e islamizada».

De manera general, desde finales de los años 1990, el número de contribuciones de toda clase que han aparecido sobre al-Andalus ha aumentado considerablemente, y es cada vez más difícil, en un pequeño volumen, ofrecer una visión satisfactoria de conjunto de las mismas. Ya he citado antes las cinco obras y que se han publicado sobre Almanzor en los últimos diez años, y mencionado un artículo sobre el mismo tema aparecido en la serie «Estudios onomástico-biográficos de al-Andalus» publicada por el CSIC. Esta comprende hasta el momento trabajos que podrán encontrarse en la bibliografía, como los de Manuela Marín (*Mujeres en al-Andalus*) o de Helena de Felipe sobre los Bereberes, pero también publicaciones colectivas cuya consulta, como la de revistas (la madrileña *Al-Qantara* evidentemente, la inglesa *al-Masaq*, o *Arqueología y territorio medieval* de Jaén para la arqueología), resulta indispensable para cualquier investigación sobre al-Andalus. Particularmente importante en esta perspectiva es el impresionante conjunto constituido por los siete gruesos y muy densos volúmenes de la *Biblioteca de al-Andalus*, publicados en Almería por Jorge Lirola desde 2004. No podemos sino admirar la «proeza» que representa la publicación de esta suma que pretende dar cuenta de todo lo que se escribió en al-Andalus y cuya huella se ha conservado. Algunos de los 1.900 artículos de esta «enciclopedia» de más de 4.000 páginas contienen en realidad la materia de un libro. No podía dejar de señalar aquí tal publicación, particularmente útil para todos los que se interesan por la historia de al-Andalus tanto desde una perspectiva informativa como desde el punto de vista de la investigación. La presente obra, en esta versión algo actualizada, solo pretende proporcionar una primera visión de conjunto sobre una historia de al-Andalus que no cesa de renovarse.

INTRODUCCIÓN

SOBRE LA HISTORIA DE AL-ANDALUS

LA historia de la España musulmana —al-Andalus retomando el término utilizado para designarla por los autores árabes de la Edad Media— nunca fue una historia tranquila. El primer arabista que a comienzos de la época contemporánea intentó dar de ella una visión de conjunto fue José Antonio Conde (1765-1820), un afrancesado notorio, vinculado al régimen de José Bonaparte, que tuvo que exiliarse a la caída de este y fue amenazado a su regreso a Madrid. Su interés y el que demostraron, algo más tarde, algunos arabistas «liberales» como Pascual de Gayangos (1809-1897) por la época árabe del pasado de España está claramente vinculado con unas opciones ideológico-políticas alejadas del conservadurismo y del tradicionalismo entonces dominantes. Su *Historia de la dominación de los árabes en España*, obra cuya calidad científica será más tarde puesta seriamente en duda, no se publicó en la capital española hasta algunos meses después de su desaparición en 1820. Al final de este siglo XIX, el mismo año de la muerte de Gayangos —en Londres, donde había pasado gran parte de su vida—, aparece una obra capital en la historiografía orientalista española, la magistral síntesis sobre la *Historia de los mozárabes de España*— elaborada por Francisco Javier Simonet. Esta obra, que hoy en día sigue siendo fundamental, también es póstuma. Estaba terminada en 1866 pero la oposición de los «liberales» de la Academia de la Historia de Madrid, opuestos

a su carácter, según ellos, ultrajantemente conservador, por no decir «integrista», retrasó tanto su publicación que tuvo lugar finalmente treinta años más tarde.

La mitad del siglo xx estuvo marcada a su vez por una polémica tan encarnizada como célebre en la historia hispánica, que enfrentó al gran historiador medievalista Claudio Sánchez Albornoz y a Américo Castro, de perfil más literario, sobre la «esencia» de España. Contra el segundo, que había desarrollado la idea de que esta debía su especificidad al contacto en su suelo de las tres religiones, musulmana, cristiana y judía durante la Edad Media, el primero defendía, con pasión a todas luces «hispánica», la tesis de una hispanidad esencial y original, muy anterior a la conquista arabomusulmana de la península. En este sentido se ha llegado a hablar de un «españolismo geológico». Reagrupando y sintetizando las ideas de autores de la primera mitad del siglo no exentas de cierto tono «racial», Sánchez Albornoz niega la «orientalización» de al-Andalus insistiendo en el escaso aporte demográfico árabe que considera fue rápidamente absorbido por la población autóctona mucho más importante numéricamente. Bajo un barniz araboislámico superficial, la España musulmana sigue siendo a sus ojos un país «occidental» cuya idiosincrasia es decir, su ser esencial, prácticamente no se vio afectado por la ruptura histórica que supuso la conquista árabe. Esto al menos hasta que fue conquistada por las «langostas africanas» que, a finales del siglo xi y comienzos del xii, crearon los imperios bereberes almorávide y almohade. Sin pretender que sea fácil establecer conexiones entre estas tesis y tal opción política, podemos pensar que estas posturas deben mantener ciertos vínculos —que no intentaremos resolver aquí— con las grandes opciones hacia las cuales los caóticos acontecimientos de la época empujaron a un autor que estuvo ampliamente comprometido: tras huir del régimen de Franco ¿no fue Sánchez Albornoz en su retiro argentino presidente de la República Española en el exilio?

Desde los años sesenta se han desarrollado otras controversias, derivadas en el fondo de la precedente, como la que ha girado en torno a la «berberización» y la «tribalización» de la España musul-

mana. Todavía en fechas recientes (1997), una obra de Gabriel Martínez Gros titulada *Identidad andalusí*, ha intentado relanzar el debate sobre la «orientalización» de la España musulmana pero pretendiendo ubicarse en un plano diferente al de la querrela sobre la naturaleza «Oriental» u «Occidental» de la civilización andalusí, que juzga trasnochada o poco pertinente. Lo que refuta este autor, desde un punto de vista que podríamos calificar de «posmoderno», para el que la objetividad es una simple «convención social», es la misma posibilidad de penetrar, con la ayuda de las fuentes árabes, la «realidad histórica» de los primeros siglos de la historia de al-Andalus, incluso de probar nada sobre el tema. Toda la literatura histórica de la que nosotros disponemos nace de alguna manera a la sombra del califato del siglo x, y la preocupación principal de sus autores sería defender la legitimidad de este último y no la de proporcionarnos una visión objetiva del pasado. Bajo el califato, afirma, «al-Andalus escribe, al dictado, sus textos fundadores». Esta «reelaboración de la historia» casi inutilizaría los textos para una historia «positivista» o «ingenua» pues en ningún caso se preocupan por relatar objetivamente los «hechos» que el historiador busca, sino que tienen como fin reafirmar «la ideología omeya».

En España, el carácter encarnizado de las controversias sobre la época árabe de la historia nacional hay que vincularla a las tensiones políticas nacidas de la contrastada estructura de un país formado por regiones con historias largo tiempo diferenciadas, donde se mantienen fuertes culturas regionales o cuasi nacionales, y donde se han desarrollado en el transcurso de los dos siglos pasados, luchas ideológico-políticas de gran violencia. Por otro lado, desde una perspectiva europea, o mejor dicho euroárabe, se ha mitificado a menudo la historia de al-Andalus donde se ha querido ver tanto en Occidente, como en el imaginario árabe, un paraíso perdido y el modelo de posibles «Andalucías» tolerantes del futuro. En un artículo aparecido en el *Nouvel Observateur* en octubre de 1994, Jean Daniel hablaba de una «sacrosanta Andalucía donde, durante unos sesenta años reinó el maravilloso y emocionante fenómeno del espíritu de Córdoba». Es lícito admirar las realizaciones del califato de Córdoba y constatar que su fase

central correspondió realmente a un momento de relativa calma de las tensiones etno-religiosas que han marcado tan frecuentemente el curso de la historia en el espacio mediterráneo, pero no por ello es obligado respetar el tabú que a veces parece afectar a una historia de al-Andalus excesivamente marcada por un consenso voluntarista, que no se podría tocar por miedo a destruir la frágil esperanza mantenida, de un lado al otro del Mediterráneo, de recuperar un día este «espíritu de Córdoba».

A lo largo de estas páginas intentaremos reconstituir y comprender en su conjunto y en su evolución cronológica la historia de la España musulmana y las características de las grandes fases de su civilización, de la forma más desapasionada y si se quiere «objetiva» posible, sin eludir las controversias historiográficas que introducen cierta chispa, pero recordando que al historiador compete «hacer historia» lúcida del pasado. Este, sin duda, gravita de diversas formas sobre el presente, incluida mediante la imagen que se mantiene sobre este. Este diálogo entre pasado y presente es inevitable y, evidentemente, no hay sociedad posible sin memoria, ni construcción del futuro. Sin embargo, este futuro no puede edificarse sobre equívocos o mitos, y al-Andalus, como muchos otros episodios de la historia en los que Occidente y el mundo árabe han coincidido o se han enfrentado, a menudo ha dado lugar a interpretaciones en cierto modo míticas. Sin duda es imposible deshacerse de ellas totalmente. En cada recodo de esta historia, los compromisos contemporáneos de su escritura han sido y están aún presentes. Al menos, podemos seguir atentos el recorrido que ahora viene.

PRIMERA PARTE
LOS «SIGLOS OSCUROS»
(SIGLOS VIII-IX)

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ÁRABES SÍ QUE INVADIERON HISPANIA: AL-ANDALUS, PROVINCIA DEL CALIFATO OMEYA DE DAMASCO

LOS ANTECEDENTES DE LA CONQUISTA: EL IMPERIO ÁRABE Y LA OCUPACIÓN DEL MAGREB

ENTRE las consecuencias de las polémicas que han rodeado la historia de la España musulmana, habría que citar la curiosa obra publicada en el año 1969 por un historiador español residente en Francia, Ignacio Olagüe, con el llamativo título de: *Les Arabes n'ont jamais envahi l'Espagne* (Los árabes nunca invadieron España). Este libro, que no se arredra ante la paradójica negación de la conquista árabe de comienzos del siglo VIII, pretendía restablecer la «verdad histórica» sobre las condiciones en las que tuvo lugar la incorporación de la península ibérica al área de la civilización arabo-musulmana en la Alta Edad Media. Con los medios técnicos de la época, la conquista árabe de un imperio que se extendía más de 9.000 kilómetros, en opinión del autor, es literalmente increíble por lo que no es un hecho histórico verosímil. Y todavía lo es menos tratándose de este extremo occidental de la conquista como era España: «La mayoría de los historiadores, escribe, están convencidos de que la península ibérica fue conquistada por los habitantes del Hiŷaz; simplemente ninguno ha desplegado un mapa para medir el recorrido y estudiar los obstáculos, ninguno se ha preguntado sobre las condiciones materiales del desplazamiento...». Tales tesis, que fueron reafirmadas unos años después en

La revolución islámica en Occidente (1974), aunque históricamente insostenibles, no han sido totalmente enterradas con el aparente olvido del libro de Olagüe y reaparecen de vez en cuando; por ejemplo, un universitario americano, Norman Roth, escribe en una obra titulada *Jews, Visigoths and Muslims in Medieval Spain. Cooperation and Conflict*, publicada en 1994: «Es muy dudoso que un solo árabe participase en la conquista de África del Norte, puesto que la conquista de España fue completamente realizada por tropas bereberes». Los «verdaderos árabes» (*sic*), según explica «eran reacios a los viajes más allá de los límites de su país y no estaban muy interesados en establecerse en lugares tan alejados como Iraq o Siria, y por tanto, mucho menos España».

Tales afirmaciones no necesitan comentario. Sus motivaciones «nacionalistas» o «políticas» y el proceso demostrativo que pretende fundarlas merecerían un examen más profundo¹. Para explicar la arabización y la islamización del país, Ignacio Olagüe imagina un complejo proceso en el que intervienen profundos cambios en la cuenca Mediterránea durante la Alta Edad Media, vinculados a una fase climática de sequía. Las oposiciones sociales surgidas de estos cambios, cristalizarían en torno a dos tendencias religiosas antagonistas: la corriente ortodoxa trinitaria («católica») y un movimiento que reivindicaba el dogma de la unicidad de Dios, cuyas diferentes manifestaciones habían sido las tendencias gnósticas del monofisismo en el Oriente cristiano, el arrianismo en la España visigoda y el Islam, que se difunde desde Arabia. Mientras que el resto del Occidente se adscribía a las doctrinas trinitarias, los siglos VIII y IX verían triunfar en la península un unitarismo arriano, durante un periodo de profundos disturbios que perduraría en las generaciones posteriores como un recuerdo difuso. El terreno se encontraba de este modo abonado para la adopción de la doctrina musulmana, que junto con la lengua árabe, se extendía por las orillas meridionales del Mediterráneo por medio

1. Se puede remitir ahora al libro de Alejandro García Sanjuán, *La conquista islámica de la península Ibérica*.

de contactos religiosos, culturales y comerciales entre Oriente y Occidente. Solo cuando el Islam se implantó definitivamente en la península, habrían sido elaborados los relatos que afirmaban una conquista por los árabes a comienzos del siglo VIII, para explicar un pasado caótico sobre el que había escasas referencias.

Tales ideas, que en su expresión más extrema llegan a negar el hecho mismo de la conquista árabe de España, y que se alejan en distintos grados de las tesis que denuncian como «oficiales», ven en la islamización y arabización de al-Andalus el resultado de un proceso más endógeno que determinado por factores externos. Ejercieron cierta seducción, por muy diversas razones, sobre autores a menudo marginales respecto a la historiografía universitaria. Se trata de una nebulosa difícilmente comprensible donde se encuentran ensayistas aficionados a las novedades, dados a denunciar de manera fácil los «complots» urdidos por las autoridades académicas contra los historiadores innovadores, «andalusistas» deseosos de cuestionar el relato castellanocéntrico de la conquista, neomusulmanes preocupados de minimizar la eventual violencia de esta, y en una palabra todo un abanico de tendencias unidas solo por su común hostilidad hacia la «historia establecida». En una obra reciente titulada *La conquista islámica de la península ibérica y la tergiversación del pasado*, Alejandro García Sanjuán ha vuelto sobre estas tesis «negacionistas». Al hacer la historia de las mismas, carga de manera que a veces podría parecer excesiva contra el «fraude historiográfico» del que, en su opinión, son culpables los autores que se relacionan con ello. Lo justifica, sin embargo, mediante una útil demostración de su falta de rigor, y sobre todo se dedica, volviendo minuciosamente a las fuentes, a mostrar que no dejan más resquicio de duda que aquellas en las que reposa nuestro conocimiento de otros episodios de la historia: como dice Maribel Fierro en el prólogo que abre el libro, «en último término, el caso de la conquista musulmana no es sustancialmente diferente de otros acontecimientos históricos en cuyo estudio el historiador se enfrenta a problemas similares».

De hecho, los acontecimientos generales de la historia mediterránea en las que se inserta la conquista de la península ibérica

por los musulmanes, no dejan lugar a dudas, a diferencia de los detalles fácticos y su exacta cronología. El dinamismo de las tribus árabes del centro de la península arábiga, ya reflejado en su avance hacia el Yemen antes de la aparición del Islam, y las migraciones espontáneas hacia Siria y la ʿYazira (norte de Iraq), proporcionó, para los sucesores inmediatos del Profeta, después de la muerte de este último en el 632, el instrumento de una primera conquista que les dió la dominación de Siria, Egipto y el imperio persa sasánida (Iraq e Irán). Después de la gran crisis interna de los años 656-661, el nuevo poder establecido ya no en Medina sino en Damasco, el de los Omeyas, dinastía árabe que se apoya en las tribus, reemprende de forma sistemática una política de expansión árabe dirigida en primer lugar contra el poder bizantino. Se organizan flotas importantes y grandes ejércitos que en dos ocasiones (668-673 y 717-718) intentan atacar Constantinopla, la capital del imperio bizantino, pero se sigue también con perseverancia un proyecto de ocupación del Magreb, empresa difícil no tanto por la resistencia de las autoridades bizantinas de África que controlaban una región que correspondía aproximadamente a la actual Túnez, sino por el espíritu de independencia de las tribus beréberes en su mayoría no romanizadas que poblaban el Magreb central y occidental. Los mayores hitos de esta conquista son, con la llegada del primer ejército árabe, la fundación de Kairuán en 670 por ‘Uqba b. Nāfi‘ y tres decenios más tarde la toma definitiva de Cartago en 698, a la que siguió la victoria árabe sobre los bereberes dirigidos por la misteriosa Kāhina. Se sabe que, temiendo una reocupación bizantina de la antigua capital, las autoridades árabes la destruyeron y fundaron a poca distancia la actual Túnez, en un primer momento destinada a ser principalmente unas atarazanas. Se enviaron allí desde Egipto a un millar de artesanos cristianos para construir los navíos destinados a luchar contra el poder de Bizancio en el Mediterráneo occidental. A partir de 703, casi cada año se dirigen grandes expediciones navales contra Sicilia y también Cerdeña. En 707 la flota llega incluso a las Baleares, que son saqueadas. Un «rey de Mallorca» figurará más tarde en el cortejo que acompañará al gobernador de Kairuán, Musà b. Nusayr, en su vuelta a Oriente.

En 705, este gran «procónsul» fue enviado por el califa al-Walid, que acababa de acceder al poder, como gobernador de la nueva provincia de Ifriqiya (transcripción árabe del nombre del África bizantina) que desde entonces tiende a apartarse administrativamente de Egipto, a cuyas autoridades los generales de la conquista habían estado hasta ese momento subordinados. Mientras que en esta época se nombraban como gobernadores a los miembros de la aristocracia tribal árabe, en este caso, se trataba de un personaje de origen más modesto que, según parece, formaba parte de los «clientes» (*mawālī*) de la tribu árabe de Lajm, pero que había ejercido funciones muy importantes en Egipto bajo ‘Abd al-‘Aziz, hermano del califa ‘Abd al-Malik, a quien se había confiado esta región. Parece ser que su vínculo de dependencia con la tribu de la que era originariamente *mawlā*, fue sustituida por una relación de idéntica naturaleza con la dinastía omeya a la que había pasado a servir.

Sin duda, tenía como misión principal organizar una provincia sometida desde hacía poco tiempo. Un testimonio de su intensa actividad administrativa nos lo proporciona el gran número de monedas acuñadas durante su gobierno. Algunas de ellas, que son *fulūs* o piezas fraccionarias de cobre o bronce, con inscripciones en latín, incluso llevan su nombre, lo que, en el conjunto de la numismática musulmana de los primeros tiempos llama la atención, puesto que ni siquiera aparece escrito el nombre del califa en las piezas acuñadas en época omeya. Bajo su gobierno es cuando se produce la conquista de España. El material humano estaba constituido en un primer momento casi exclusivamente por bereberes islamizados dirigidos por un liberto bereber, Tāriq, al que Musà había confiado el mando de Tánger. Tan importante participación de no árabes, en este caso el elemento norteafricano, utilizado en la conquista, es algo novedoso en el contexto del califato omeya cuyos ejércitos estaban integrados principalmente por árabes. Se puede pensar que era debido a una política deliberada de Musà que, probablemente, tenía en cuenta el insuficiente número de soldados árabes para continuar una empresa de conquista que, como acabamos de ver, constituía uno de los puntales de la política

del califato. Quizá su origen, menos «aristocrático» que el de la mayoría de los grandes responsables, contribuye a explicar este esfuerzo por asociar a los bereberes recién islamizados a la *ÿihād* realizada por los árabes.

DEBILIDAD DE LAS TRADICIONES HISTORIOGRÁFICAS ÁRABES

Se deberían de olvidar las elucubraciones históricas de Ignacio Olagüe quien, paradójicamente, al dejar de lado los grandes e incontestables datos de la historia mediterránea y, como hipnotizado por una pretendida inverosimilitud histórica, se empeño en crear una laboriosa hipótesis sensiblemente más complicada y menos creíble que la versión «tradicional». En ella mezclaba varios posibles factores —aunque no suficientemente demostrados— como la desertización climática en la Alta Edad Media, con suposiciones poco creíbles como la persistencia de una fuerte corriente arriana después de la conversión de los visigodos al catolicismo en el siglo VI, y drásticas afirmaciones sobre la ausencia de fuentes contemporáneas que testimonien la realidad de la conquista árabe de *Hispania*. Esta, sin embargo, está claramente atestiguada como se verá, si exceptuamos las crónicas árabes realmente tardías, en diversos textos latinos mucho más antiguos y en la emisión de monedas araboislámicas por parte de Musà desde los primeros años de la dominación musulmana. Pero hay que comprender las tendencias historiográficas «continuistas» o «tradicionalistas» en el extremo de las cuales se sitúa Olagüe, y que utiliza en su trabajo. Se explican por la combinación de múltiples factores. En primer lugar, entre los autores españoles del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, existe un cierto rechazo a admitir que una conquista llevada a cabo por unos miles de guerreros árabes y bereberes hubiese podido introducir un cambio tan brutal y profundo a la vez en las condiciones generales que existían en la península en una época anterior. También hay que tener en cuenta su vinculación con la idea nacionalista de una «España eterna» que tiende a minimizar lo más posible el hecho mismo de la conquista árabe y sus efectos

sobre la *Hispania* visigoda. La incontestable oscuridad que rodea la época de la conquista árabe de la península, a causa de la escasez de fuentes, favorece claramente la elaboración de hipótesis algunas de las cuales tienden a alejarse de forma exagerada de lo que se puede admitir razonablemente como «realidad histórica».

El brusco cambio político-religioso que sobrevino en la cúpula del poder a causa de la victoria de los ejércitos musulmanes en la península es un hecho indiscutible, pero también es verdad que las fuentes historiográficas árabes que nos informan sobre el tema, son tardías y de fiabilidad desigual. En el mundo musulmán en plena formación, la preocupación principal en un primer momento fue poner por escrito la tradición jurídico-religiosa, especialmente el *hadīth*, conjunto de dichos que relatan las palabras y gestas del Profeta, que constituía una fuente complementaria del Corán para la elaboración de un derecho musulmán que era un elemento indispensable de estructuración de la nueva sociedad. No es sino hasta el siglo IX, cuando comienzan a reunirse las tradiciones de los primeros tiempos del imperio árabe de forma cronológica, hasta entonces conservadas principalmente de forma oral y sin orden cronológico. La primera gran historia ordenada de este tipo redactada en árabe fue la de Tabarī, autor bagdadí de origen persa muerto en 923. Por tanto es relativamente tardía y solo contiene breves indicaciones sobre la conquista de España. Sin embargo, existen recopilaciones de tradiciones más antiguas, de menor ambición historiográfica, pero que contienen relatos más ricos sobre el tema. El principal autor a este respecto fue el tradicionista de Medina al-Wāqidī, muerto en 822. Como ocurre a menudo en la historiografía musulmana, desgraciadamente no se ha conservado su obra sobre la conquista del Magreb y España (*Futūh Ifrīqiya*), pero las citas más o menos literales que hacen de él otros autores posteriores, como al-Balādhuri, oriundo de Bagdad, y muerto en 892, autor del Libro de las conquistas de los países (*Kitāb futūh al-Buldān*), permiten conocerlo en lo esencial. También existían otras cadenas de tradiciones sobre la conquista de España como las que utiliza el egipcio Ibn ‘Abd al-Hakam, muerto en 870, que recoge en su *Libro de la conquista de Egipto* (*Kitāb futūh Misr*)

relatos referidos por tradicionalistas más antiguos, como sus dos compatriotas ‘Uthmān b. Salih, muerto en el año 834 y en menor medida al-Layth b. Sa’d, un famoso jurista muerto en 791.

En lo que concierne a los textos, podemos acercarnos cronológicamente a la época de la conquista pero sin poder remontarnos a comienzos del siglo VIII. Originariamente eran relatos que se preocupaban poco de la cronología, a veces contradictorios entre sí y que a menudo distinguen mal lo cierto de lo verosímil y, sobre todo, de lo fantástico que impregna una parte de estas tradiciones. Los antecedentes de la conquista, sus fases principales y sus itinerarios son también difíciles de reconstruir de forma segura y los acontecimientos fiables están interpolados con historias legendarias, quizás más presentes en esta historiografía antigua de al-Andalus que en la de otras partes del imperio árabe. La conquista del Magreb, llevada a cabo por los ejércitos del califato de Damasco en los tres últimos decenios del siglo VII, presenta las mismas dificultades para reconstruirla con exactitud. Asimismo, cabe preguntarse por la naturaleza e importancia exacta de la tenaz resistencia bereber mucho tiempo encarnada en la misteriosa Kāhina, reina o maga del Aurés. Lo legendario en Hispania dificulta bastante el conocimiento de la realidad histórica de la conquista de la península. No obstante, ello no ha impedido a los historiadores establecer un relato creíble y coherente de las circunstancias que, una vez sometido el Magreb, llevaron a la intervención de los ejércitos musulmanes al otro lado del Estrecho.

Cuando el wālī omeya de Kairuán Mūsà b. Nusayr extendió definitivamente la autoridad del califato de Damasco hasta el Magreb al-Aqsà y el Estrecho de Gibraltar, confió a Tāriq b. Ziyād el gobierno de esta zona. Cierta personaje de religión cristiana pero de origen incierto —jefe bizantino, bereber o visigodo—, al que las fuentes árabes llaman Yulyān, y que en la historiografía cristiana lleva el nombre de «conde Julián», era entonces, según parece, gobernador de Tánger y Ceuta. Después de someterse a los musulmanes que le habían arrebatado Tánger y que, al parecer, le dejaron momentáneamente Ceuta, les habría incitado a pasar el Estrecho, aportándoles una ayuda apreciable al procurarles

navíos, en un primer momento para una razia de pillaje dirigida en el 710 por un jefe llamado Tarīf y después para la expedición más importante y decisiva del 711 a las órdenes de Tariq b. Ziyād. En la opinión de la mayor parte de historiadores, este conjunto de hechos, como afirma Pedro Chalmeta que le ha consagrado un estudio minucioso, está «más allá de cualquier duda razonable». Por este motivo se opone a la tesis de un arabista como Joaquín Vallvé, uno de los que sostienen las tesis «tradicionalistas», que ha querido ver en estos relatos una especie de mitos. Los primeros jefes musulmanes que pisaron España no serían personajes reales; según este: Tarif sería una falsa etimología de Tarifa, el puerto de la costa española donde se considera que habría desembarcado, y Tāriq sería un nombre simbólico, que designaba al que abre el camino (que efectivamente en árabe se dice *tariq*) de la conquista. Estas interpretaciones, eventualmente ingeniosas y que cuestionan la realidad histórica a la que se refieren los relatos sobre la conquista, reflejan el mismo rechazo ya citado a aceptar el hecho mismo de la conquista tal como la describen las fuentes árabes: una toma de posesión brutal, por unos conquistadores extranjeros, de un país que no ofreció una gran resistencia; rechazo también para aceptar la idea de que la fecha de 711 marca una ruptura decisiva en la continuidad de la historia española.

Teniendo en cuenta la naturaleza de las fuentes, nunca habrá una «prueba» absoluta que confirme una posición u otra, ni sobre tal o cual punto. Pero en cuanto a la coherencia global del proceso de conquista tal como pueden reconstituirlo los historiadores no hay lugar a dudas. Los guerreros árabes que los francos encuentran en Poitiers veinte años más tarde sin duda alguna pasaron por España. Sin embargo, cada uno de los detalles de la progresión de los musulmanes y de su contexto puede prestarse a discusión. Sobre el estatus de Ceuta y Tánger a la llegada de los árabes, por ejemplo, son problemáticas las relaciones que podría tener Yulyān, cuya existencia no parece dudosa, con los poderes políticos más importantes del momento, los bizantinos y el rey visigodo de Toledo. Se podría pensar que las ciudades del Estrecho servían todavía de etapas a una flota bizantina de la que no sabemos

bien si, a finales del siglo VII, alcanzaba todavía el extremo del Occidente mediterráneo. Sobre lo que insisten más los textos es en los vínculos con el poder visigodo que se habrían concretado en la presencia en la corte del último rey de Toledo de la hija del gobernador de Ceuta, según la práctica germánica de educar a los hijos —e hijas— de los grandes del reino en el entorno real. Es en este momento en el que interviene probablemente lo legendario o semilegendario sobre la violación de esta hija por el rey Roderik o Rodrigo, del huevo podrido que ella habría enviado a su padre para advertirle de esta humillación y de la venganza que llevó a cabo el conde Don Julián entregando la península a los árabes. En cuanto a Rodrigo, que había llegado al poder en el 710, y cuya realidad histórica nadie pone en duda, durante el breve periodo de tiempo que lo mantuvo, habría marcado su destino al abrir una habitación que la tradición condenaba a permanecer cerrada y donde habría encontrado imágenes premonitorias de guerreros árabes que se apresuraban a invadir el país. Por otra parte, si fuera necesario, se podría añadir como prueba de la conquista árabe de la península, la imagen de este rey visigodo, con su nombre explícitamente indicado, que figura entre los soberanos vencidos en una de las pinturas que decoran los muros de los baños del antiguo palacio omeya de Qusayr 'Amra en Jordania, edificado durante el reinado de uno de los califas.

LOS EJÉRCITOS ARABO-BEREBERES EN ESPAÑA Y LA OCUPACIÓN DEL REINO VISIGODO

El desembarco del ejército de Tāriq en los alrededores de Gibraltar (la montaña de Tāriq o *yabal Tāriq*) según parece, constituido por unos doce mil hombres, en su gran mayoría beréberes, transportados en embarcaciones de comercio de la zona, tuvo lugar a finales de la primavera del 711. Rodrigo, que combatía a los vascos en el norte del reino, volvió a toda prisa a hacer frente a esta invasión, y sufrió una derrota completa a finales del julio, que habría sido favorecida por la deserción de los hijos de su

predecesor Witiza, quienes se consideraban injustamente alejados del poder, aunque la monarquía visigoda fuese electiva. Según algunas fuentes, los hijos o la familia de Witiza habían tenido anteriormente contacto con las autoridades musulmanas. A pesar de una tradición divergente que le hace desaparecer un poco más tarde, el último rey visigodo pereció seguramente en combate en el Wādī Lakko o Guadalete, cerca de Algeciras, lo que produjo el derrumbamiento de una estructura estatal reducida al mínimo y debilitada por la crisis social y política que conocía en aquel momento un reino visigodo dividido por las rivalidades entre clanes aristocráticos, y debilitado por los problemas socio-económicos. Las leyes de una extrema dureza dictadas por los últimos concilios de Toledo contra los judíos y contra los esclavos huidos parecen haber sido manifestaciones de estas dificultades. Posteriormente, tuvo lugar una segunda victoria cerca de Écija sobre otra fuerza visigoda que se había reagrupado tras la primera derrota. Tāriq habría podido reunir junto a él a un conjunto de personajes de la élite descontentos, pero de una forma más amplia la llegada de los musulmanes daba a más gente, como dice Lévi-Provençal, una oportunidad «de escapar mediante su adhesión al vencedor, a la dura condición del servilismo y a la iniquidad del régimen». Recibió también el apoyo de los judíos del sur de España, duramente perseguidos en los años anteriores. Se dice que aceptaron vigilar militarmente algunas ciudades conquistadas, permitiendo así el avance de los ejércitos musulmanes hacia el norte.

Se ha cuestionado con frecuencia si la conquista de Hispania fue intencionada o fruto de azar. Si consideramos la expansión árabe en su conjunto, esta empresa se inscribe sin dificultad en una fase de recuperación de la política de expansión del califato de Damasco. En estos mismos años se ocupan también las tierras situadas en los límites orientales del imperio musulmán. En el 710-713 la conquista alcanza al este el delta del Indo. Todavía más, la coherencia global de los hechos históricos no justifica el rechazo sistemático de la versión «tradicional» de los acontecimientos aunque no obliga a aceptar sin discusión todos los detalles aportados por las fuentes, a veces poco creíbles o contradictorias.

La primera expedición, la de Tāriq, si se considera lo que dicen las fuentes escritas, parece haber sido realizada con los medios disponibles, es decir, con el transporte que se utilizaba de una orilla a otra del Estrecho. Esto no quiere decir que no haya habido intención de conquistar la península. Es probable que la expedición del ejército árabe que llevó Musà b. Nusayr al año siguiente en apoyo de su lugarteniente, fue objeto de una mejor planificación, sobre todo para permitir a los suyos apoderarse de su parte en el abundante botín que el desmoronamiento del régimen visigodo ponía a la disposición de los vencedores. Un breve pasaje de una reseña biográfica escrita en el siglo XII por al-Dabbī, autor de un repertorio de sabios de al-Andalus, indica que la flota que Musà b. Nusayr había armado en Túnez para luchar contra los bizantinos en el Mediterráneo central, participó en las operaciones de España, posiblemente después de haber transportado a esta segunda expedición o a parte de ella. Al facilitar los datos de la vida de un tradicionista llamado ‘Ayyāsh b. Sharāhil al-Himyarī, este autor indica que, bajo el califato omeya, este personaje que mandaba la flota de Ifrīqiya, condujo a esta a al-Andalus, de donde volvió en el año 100, es decir el 718-719. Por otro lado, si tenemos en cuenta las fechas conocidas de las razias efectuadas desde Túnez contra Sicilia, estas últimas parecen interrumpirse entre el 710 y el 720, lo que nos hace pensar que la ocupación de la península dio lugar a algunas operaciones combinadas del ejército y la flota. No hay ninguna razón para dudar de la validez de esta información, que ha pasado desapercibida en las historias clásicas de la conquista, pues es completamente independiente del corpus habitual de las tradiciones relativas a esta que resulta sospechoso a veces de haber sido manipulado o falsificado. Se ha buscado otro indicio del carácter relativamente planificado de la ocupación de España en la emisión durante los años 709-711, en Tánger, de monedas de bronce (*fulūs*) que llevan leyendas posiblemente relacionadas con el *yihād* y que parecen acuñadas para pagar la soldada de las tropas que iban a tomar parte en la guerra santa en España. En su *Conquistadores, emires y califas* de 2006, Eduardo Manzano ha insistido de manera muy oportuna sobre la importancia que

el estudio de las acuñaciones monetarias tiene para reevaluar el carácter organizado de la conquista de la península en el marco «imperial» de la expansión del califato omeya.

Sea cual fuere el papel que la flota pudo tener en la conquista de *Hispania*, las tradiciones más difundidas solo hablan de conquistas terrestres. A partir de sus indicaciones, los autores modernos se han esforzado en reconstruir la marcha de los dos ejércitos bereber y árabe que, del 711-712 al 714, fecha en la que Musà fue llamado a Damasco por el califa, ocuparon metódicamente la región, aparentemente sin grandes dificultades. Por ejemplo, Córdoba fue ocupada desde octubre del 711 por un destacamento de 700 hombres a caballo separados del grueso del ejército de Târiq que siguió su marcha hacia Toledo. La capital del reino parece haber sido conquistada fácilmente, como la mayoría de los otros centros. La única ciudad que ofreció una resistencia importante fue la gran metrópolis religiosa de Mérida. Musà desembarcó en el verano del 712 y tras ocupar Sevilla que Târiq había dejado de lado, debió asediar esta ciudad durante los últimos meses del 712 y los seis primeros del 713. Después de la toma de la ciudad, el jefe árabe llegó a Toledo para encontrarse allí con Târiq quien, después de sus victorias en el sur, se había dedicado a someter el norte de España. El gobernador de Kairuán habría colmado de reproches a su subordinado, estimando posiblemente que había demostrado demasiada iniciativa y que le había quitado el control de un botín muy importante. En este contexto se sitúa el episodio, en gran parte legendario aunque aparezca en todas las fuentes árabes, de la «Mesa de Salomón», símbolo de todos los tesoros encontrados por los conquistadores en España. Musà habría obligado a su lugarteniente a cederle esta mesa de un valor incalculable, encontrada entre los tesoros de la ciudad real de Toledo, que había sido tallada en una esmeralda gigante y enriquecida con perlas y piedras preciosas. Pero Târiq tuvo la presencia de ánimo de quitar y esconder una de las trescientas sesenta y cinco patas, que pudo mostrar al califa cuando los dos jefes debieron presentarse ante él al ser convocados en Oriente, confundiendo de este modo a su superior.

ÍNDICE

PREFACIO	7
INTRODUCCIÓN. SOBRE LA HISTORIA DE AL-ÁNDALUS	13

PRIMERA PARTE LOS «SIGLOS OSCUROS» (SIGLOS VIII-IX)

CAPÍTULO PRIMERO. LOS ÁRABES SÍ QUE INVADIERON HISPANIA: AL-ÁNDALUS, PROVINCIA DEL CALIFATO OMEYA DE DAMASCO	19
Los antecedentes de la conquista: el imperio árabe y la ocupación del Magreb	19
Debilidad de las tradiciones historiográficas árabes	24
Los ejércitos arabo-bereberes en España y la ocupación del reino visigodo	28
Centralización califal y continuación de la expansión por la Galia...	32
CAPÍTULO 2. LA SOCIEDAD CONQUISTADORA Y LA CRISIS DE MEDIADOS DEL SIGLO VIII.....	29
Bereberes, árabes e indígenas en la península tras la conquista.....	39
Los límites de la expansión: el contexto político de la batalla de Poitiers y la expulsión de los musulmanes de la Galia meridional.....	44
Yemen y Qays: poder y conflictos tribales a finales del califato omeya	48
La crisis en al-Andalus.....	53

CAPÍTULO 3. SURGIMIENTO DE UN PODER INDEPENDIENTE EN CÓRDOBA Y CONSOLIDACIÓN DEL EMIRATO OMEYA.....	57
Al-Andalus se separa del califato oriental: del emirato fihrí al emirato omeya	57
La llegada de 'Abd al-Rahmān I y el mantenimiento de la prepon- derancia árabe en España	61
La consolidación del emirato de Córdoba.....	66
La orientalización de la sociedad.....	74
 CAPÍTULO 4. LAS REACCIONES AL CAMBIO: DEL MALESTAR MOZÁRABE A LA GRAN FITNA (GUERRA CIVIL) DE FINALES DEL EMIRATO.....	79
Un cristianismo amenazado en su identidad: los mártires de Cór- doba	79
Los disturbios de los años 880-930 y las comunidades mozárabes ...	84
Segmentación etnocultural y anarquía política durante la primera fitna (guerra civil)	88
Mantenimiento de la preponderancia arabo-bereber en el marco del Estado omeya.....	95
Vitalidad de la sociedad andalusí y adaptación a las nuevas condi- ciones.....	97

SEGUNDA PARTE
LA ÉPOCA CLÁSICA:
EL CALIFATO Y LAS TAIFAS (SIGLOS X-XI)

CAPÍTULO 5. «EL SOL QUE SALIÓ POR OCCIDENTE»: EL CALIFATO DE CÓRDOBA.....	105
El reinado restaurador de 'Abd al-Rahmān III y la proclamación del califato.....	105
Madīnat al-Zahrā', sede y manifiesto del poder califal y foco de difusión del arte andalusí	109
El reinado de al-Hakam II (961-976): «el califato inmóvil»	118
Almanzor vencedor de la guerra santa: poder aparente y contra- dicciones de un poder dividido.....	124
Los sucesores de Almanzor: el esbozo de una dinastía paralela.....	130
 CAPÍTULO 6. LA CRISIS DEL CALIFATO Y LA FRAGMENTACIÓN POLÍTICA DE AL-ÁNDALUS	135

La gran ruptura: La revolución de Córdoba y la desestabilización del poder	135
El fracaso de los hammudíes y las tentativas de restauración omeya: el califato puesto en entredicho	138
¿Por qué desaparece el califato?	143
De la «convivencia» al enfrentamiento: al-Andalus y el espacio mediterráneo en la encrucijada de los siglos x-xi.....	146
CAPÍTULO 7. ENTRE LA PLUMA Y LA ESPADA: AL-ANDALUS DURANTE LAS TAIFAS.....	159
Fragmentación política y dudas sobre la legitimidad del poder	159
A la sombra de los príncipes: el esplendor cultural del siglo xi andalusí	169
De la toma de Barcelona por Almanzor a la Reconquista de Toledo: al-Andalus en la inversión de la relación de fuerza entre Cristiandad e Islam	176
«Los tuareg en el país del Cid».....	181
CAPÍTULO 8. LA SOCIEDAD ANDALUSÍ DE LOS SIGLOS X-XI.....	187
Ibn Hazm, testigo de su tiempo: situación de la mujer, derecho y fiscalidad	187
Una sociedad «destribilizada» pero cada vez más arabizada e islamizada	192
Cristianos y judíos en el equilibrio social de al-Andalus de los siglos x-xi.....	196
TERCERA PARTE: LOS SIGLOS XII-XV	
CAPÍTULO 9. DEL ADRAR A LOS PIRINEOS: LOS ALMORÁVIDES Y LA ESPAÑA MUSULMANA	205
La época de los alfaquíes: al-Andalus bajo el poder almorávide.....	205
La ciudad y el mercado en el al-Andalus del siglo xii	214
Una sociedad «tributaria»? los contribuyentes de las ciudades y de las comunidades rurales	223
Las dificultades del régimen almorávide y su desaparición.....	232
CAPÍTULO 10. AL-ANDALUS ENTRE LA EUROPA LATINA Y LOS ALMOHADES.	237
La crisis de mediados del siglo xii y el emirato murciano de Ibn Mardanish	237

La proyección europea de la cultura andalusí en el siglo XII.....	244
La época de los califas y de los filósofos: el al-Andalus almohade....	253
Del triunfo al derrumbamiento: Alarcos y Las Navas de Tolosa.....	260
CAPÍTULO 11. LOS MUSULMANES DE AL-ANDALUS Y LA GRAN RECON-	
QUISTA DEL SIGLO XIII.....	267
Una conquista inevitable: al-Andalus frente a las monarquías feuda-	
dales.....	267
La visión de los vencedores: la sociedad musulmana en la docu-	
mentación cristiana de la Reconquista.....	273
La inferioridad militar de los andalusíes.....	280
CAPÍTULO 12. EL FIN DE UN MUNDO.....	287
Nacimiento y consolidación del último emirato árabe de España..	287
El reino de Granada, ¿un bastión de conservadurismo religioso y	
cultural?.....	295
Del tiempo de la Alhambra al de los «Abencerrajes».....	299
CONCLUSIÓN. DE LAS REVUELTAS MUDÉJARES AL «LEGADO ANDALUSÍ»	309
Mudejarismo e influencia andalusí en el Magreb.....	309
Europa y el Islam andalusí en la Edad Media	313
España y su legado árabe	317
CRONOLOGÍA.....	323
BIBLIOGRAFÍA.....	333
ÍNDICE.....	343